

El perdón y las facturas pendientes

DESDE hace varios años el propósito de la Iglesia católica de «pedir perdón» ha suscitado ecos diversos en las iglesias locales. Varios episcopados han ido publicando algunos documentos. Hacer un análisis detallado de los mismos excede con mucho el propósito de estas reflexiones. Nos limitamos al «hecho» central: el Papa, en nombre de toda la Iglesia, ha pedido perdón.

No se han borrado del todo las imágenes impactantes de un Papa ya frágil que, abrazado a los pies de un crucifijo, invitaba a toda la Iglesia a que «se ponga de rodillas ante Dios e implore el perdón por los pecados pasados y presentes de sus hijos». La celebración en la basílica de San Pedro resultaba conmovedora en su contenida sobriedad. Las imágenes televisivas se difuminan pronto, pero el contenido de aquella celebración debe ser fijado en nuestra reflexión y asumido en nuestra conciencia colectiva.

Ya en marzo de 1994 Juan Pablo II había expuesto a los cardenales la conveniencia de que la Iglesia, con ocasión del año jubilar del 2000, pidiera públicamente perdón. La respuesta mayoritaria de los cardenales quedaba más

cerca del forzado respeto que de la acogida calurosa. Aún ahora la petición de perdón ha tropezado con no pocas resistencias. Los reticentes ante esta iniciativa del Papa justificaban su propia actitud con diversas razones. Para unos había que preservar a la Iglesia de las críticas. Bastantes ataques recibe ya la Iglesia en el siglo XX, de no pocos «espectadores», que no son precisamente «neutrales», como para poner en sus manos más bidones de líquido inflamable. Avanzaban otras motivaciones históricas. Cada época configura una mentalidad-ambiente, que nos condiciona a todos. Sería falso afirmar que la verdad depende **exclusivamente** del color del cristal con que se mira, pero sería igualmente falso negar que cada uno y cada época enjuicia los acontecimientos a través de determinados colores. Juzgar el ayer desde las premisas del hoy tiene el peligro de atascarse en anacronismos llamativamente injustos. En la banda opuesta señalan otros que esta petición de perdón de la Iglesia no es que «se pase» sino que no llega. Tiene, según ellos, no poco de gesto para la galería, con su espectacularidad de cartón piedra y su dosis de «pretendida» sinceridad.

NO podremos aquí hacer una mención meticulosa del peso de cada una de las razones. Con todo, no estará de más, aunque tenga que ser con brevedad y en bloque, que los católicos repensemos con serenidad estas críticas. Merecen atención.

Digamos de entrada que nos unimos con sinceridad a la petición de perdón expresada por el Papa en nombre de la Iglesia. Y no porque busquemos que la Iglesia «dé una lección» de humildad y se arrodille cuando otros —¿tan inocentes que nunca han causado daño a la Iglesia?— parecen no sentir la necesidad de hacerlo. No queremos utilizar la petición de perdón para pasar ni la factura ni

el platillo. Deseamos que todo sea más sencillo: si nuestra Iglesia en la historia ha obrado mal, nos creemos en el deber de reconocerlo y de buscar la reconciliación.

Esta actitud de pedir perdón nunca «ha estado de moda». Hoy tampoco. La afirmación provocadora de Nietzsche de que para vivir hay que olvidar concita complicidades posmodernas. Parece predominar hoy el propósito de olvidar el pasado porque es no sólo patrimonio sino carga. No nos arriesguemos al futuro por utópico que se prometa, y limitémonos a sacar jugo al presente.

PERO si queremos de verdad entender el presente no podemos arrancar sus conexiones con el pasado o desentendernos del futuro que ya se está gestando entre nosotros. Walter Benjamin nos advirtió que para entender la realidad necesitamos no sólo la ciencia que entrevea el futuro, sino también la memoria que recupere el pasado y sobre todo ciertos pasados. Y esa memoria rescata de algunos vertederos del pasado, donde había quedado arrojado, «el sufrimiento de los demás» y lo coloca, con implacable tozudez, ante esos ojos nuestros que preferirían no ver. Juan Pablo II nos exhorta a purificar la memoria. Cierto es que los errores y culpas, que los hubo, nos llegan cargados con el sobrepeso de los condicionamientos temporales. Se produjeron en un determinado ambiente. Pero aun vistos con nuestros ojos, también contaminados de hoy, arrastran una carga de arbitrariedad, de crueldad, de injusticia. No sentenciamos ahora el grado de culpabilidad subjetiva de los actores de entonces. Tampoco nos sentimos **personalmente** culpables de aquellos males. No los hemos realizado nosotros. Pero la Iglesia de hoy forma cadena ininterrumpida con la Iglesia de ayer y en ese sentido sí que nos vivimos corresponsables de lo que entonces pasó.

Las vacilaciones

*YA desde el anuncio del Papa (1994) de pedir perdón hasta hoy mismo ha habido opiniones, significativas y numerosas, que señalaban cómo aquel deseo inicial, quizá por la preocupación de encontrar un respaldo más amplio, ha ido limando y matizando en exceso las expresiones. No pocos hubiesen deseado un reconocimiento, todavía más amplio y concreto, de los errores que son **de la propia Iglesia** y no simplemente de algunos de sus hijos. Se diría que en las justificaciones aducidas en el documento vaticano hay un propósito persistente de «no pasarse». Con lo cual el impacto del gesto de pedir perdón, de cuya sincera intención no se duda, queda amortiguado por las explicaciones que lo acompañan.*

Los católicos confesamos que la Iglesia es santa. Por su «sobresaliente santidad y su inextinguible fecundidad de todos los bienes» es testimonio irrefutable de su misión divina, dice el Concilio Vaticano I (DS 3013). Hay páginas bellísimas en la literatura teológica sobre la presencia activa de Dios en la Iglesia, que suscita en no pocos creyentes actos de admirable heroísmo. Pero la petición de perdón de Juan Pablo II debe llevarnos a escuchar no sólo los panegíricos sino también las críticas.

Si echamos la vista atrás, deberemos admitir que en no pocas ocasiones la imagen de la Iglesia ha aparecido con muchas manchas y no pocas severas arrugas. Ha manejado con escandalosa tranquilidad «dos medidas».

Por una parte ha impuesto con dureza, con violencia moral y hasta física, exigencias que se dirían imposibles, y por otra ha «aprendido» con llamativa facilidad a cohabitar con la ambición, la prepotencia, la concupiscencia de este mundo. Aun las cosas más santas en alguna ocasión han sido manipuladas en la historia de nuestra comunidad de creyentes.

*No existe una Iglesia que sea **sólo santa**, ideal e invisible en el paraíso etéreo de las conciencias limpias a la cual pertenece el grupo de católicos que viven en el mundo, **algunos de los cuales** son pecadores. Como en todo sacramento —y la Iglesia lo es— los elementos visibles son de hecho inseparables del signo sacramental y, en ese sentido, de la gracia. Desde esta confesión de culpa, de la nuestra personal y de la Iglesia de la que formamos parte, mostramos nuestra disposición a reconocer, sin muchos rodeos ni aditivos edulcorantes, que la Iglesia es pecadora —**casta meretrix**, en audaz expresión de los santos padres— y que debemos por ello asumir nuestra responsabilidad.*

Obras son amores

PERO el reto principal no consiste tanto en la confesión del pasado cuanto en las exigencias del presente. No debe ocuparnos sólo lo que ha pasado. Debe preocuparnos lo que está pasando y lo que tiene que pasar.

No hace muchos años el Comité Central de los católicos alemanes expresaba un juicio con severas exigencias: «Las tensiones, a veces desgarradoras, entre Iglesia central e Iglesia local, entre clero y laicado, entre Roma y los teólogos, entre una Iglesia masculina y las mujeres, se reducen a un problema fundamental: **en su forma histórica actual, la Iglesia no está a la altura de los tiempos ni comparte la conciencia del hombre de hoy que se considera mayor de edad**, mientras que en la Iglesia se siente todavía como alguien a quien hay que enseñar y dirigir, sin que él pueda intervenir en nada».

En ese pasado que lamentamos había, por debajo de superadas concepciones históricas y teológicas y formas de gobierno, falta de respeto a las personas, falta de libertad

y falta de solidaridad. Ese pasado por el que pedimos perdón, en realidad, no queda tan lejos ni está tan decisivamente superado en nuestro presente.

UNA petición de perdón no puede, por tanto, quedarse en gestos compungidos sino tiene que llevar a la compunción del corazón y, consiguientemente, a formas nuevas de actuar. Esto nos confronta ya con nuestro propio presente y nos sitúa ante ineludibles exigencias. Es forzoso preguntarse cómo andamos hoy en la Iglesia de respeto a las personas, de libertad y de solidaridad. En la celebración de Roma se han mencionado seis áreas concretas por las que se pedía perdón: actuaciones pecaminosas al servicio de la verdad, pecados contra la unidad del cuerpo de Cristo, pecados en relación con el pueblo de Israel, contra la paz, los derechos de los pueblos, el respeto de las culturas y las religiones, la dignidad de la mujer, la unidad del género humano y los derechos fundamentales de la persona. Estos capítulos no son únicamente memoria dolorosa del pasado sino también heridas del presente. La petición de perdón por el ayer debe incluir un examen de conciencia y un propósito de enmienda de hoy.

Nos fijamos, por concretar, en dos áreas de examen y de propósito de cambio. Dentro de la Iglesia tendríamos que ir con mayor decisión a un diálogo más franco a todos los niveles: El respeto debido a la autoridad en la Iglesia no debe confundirse con los silencios calculadores o las adhesiones tácticas. Prestigiosos y moderados teólogos católicos (M. Kehl) señalan que «tan legítimo es el hecho de que Roma defienda la tradición y la unidad como el hecho de que las iglesias particulares se hagan conscientes de su propio peso teológico. Hace falta que los obispos y las conferencias episcopales tengan una cierta valentía. De lo contrario se hará inevitable la impresión de que el

Vaticano II ha colocado el simpático manto de la teología de la comunión sobre el hueso duro de los dogmas papales del Vaticano I sin que nada haya cambiado». Aun hoy día en nuestra Iglesia podemos tropezar con algunas «formas» de gobierno que enturbian el mensaje luminoso del Evangelio.

***EN** la relación con la sociedad del pasado, hemos pedido perdón por algunos colonialismos que se «justificaban» por razones religiosas, por algunas intolerancias, por ciertas alianzas con los poderosos, por conflictos con la ciencia, por ignorancia o incumplimientos de la doctrina social que la propia Iglesia enseña. Pero, ¿estamos empeñados y vigilantes para que estas malas hierbas no arraiguen ya entre nosotros? Lo que el mundo espera de los cristianos es que condenen la injusticia con claridad y firmeza de manera que todos lo puedan entender. Que seamos capaces de mirar fijamente el rostro ensangrentado de la historia actual.*

La credibilidad de la Iglesia depende no tanto del rigor intelectual de sus afirmaciones o de la profundidad y ponderación de sus documentos cuanto de la coherencia de lo que la Iglesia y los cristianos vivimos con lo que predicamos. Por eso, la petición de perdón de la Iglesia nos invita a reconciliarnos con nuestro pasado. Pero nos exige, sobre todo, cambiar ya el presente y «recrear» un futuro.